

INTRODUCCIÓN

La Transición, un relato

El ejercicio es el siguiente: pensemos, hoy, la Transición como un relato. Como un cuento. Como una fábula fundacional que cumple una función muy específica dentro de la imaginación social de la España contemporánea. Esa función consiste en situar el origen del presente tal y como lo conocemos en un punto concreto de la historia, en localizar el inicio de la historia que nos cuenta quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí.

Evidentemente, se trata solamente de un ejercicio, puesto que la Transición española no es tan solo un relato. La Transición española fue un proceso político, social y culturalmente complejo y extenso en el tiempo, cuyos efectos todavía son visibles en el presente. Fue un periodo crucial en nuestra historia más reciente. Un proceso de cambio que marcó la vida de más de una generación y cuya memoria resuena con fuerza en las generaciones que vinimos después. Para quienes nacimos ya en democracia, para quienes heredamos el relato de ese proceso fundacional y sus consecuencias, la Transición es siempre una referencia a la memoria de los otros: a la memoria de aquellos quienes vivieron un tiempo no tan lejano y que nos transmiten su relato. Ese relato es, hoy, una línea imaginaria que cierra el pasado e inaugura el

presente. Una memoria ajena con la que nos urge dialogar para construir la propia.

En las páginas que siguen, me referiré a la Transición como el paréntesis que se encaja entre dos grandes bloques temporales de la historia reciente del Estado español: el franquismo y el periodo democrático. Suspendidos en ese paréntesis, quedan los años, los acontecimientos y los cambios que se sucedieron entre el tardo y el postfranquismo: el lapso de tiempo en el que un país que había sido sujetado durante cuarenta años por unas estructuras sociales, políticas, culturales y afectivas de corte totalitario transitó hacia un régimen de carácter democrático. Me referiré a esta secuencia de acontecimientos en su conjunto como *tiempo transicional*.

Si tuviera que delimitar cronológicamente este tiempo transicional ajustándome a los parámetros de la historiografía más tradicional, me vería obligada a acotarlo al proceso de cambio institucional ocurrido entre finales de 1973 (con el asesinato de Carrero Blanco) y finales de 1978 (con la aprobación de la Constitución). Aunque, en ocasiones, esta cronología se ve alargada hasta 1982, con la primera victoria electoral del PSOE, o incluso hasta 1986, con el ingreso de España en la CEE. Sin embargo, y puesto que mi intención con este trabajo es adoptar una perspectiva que me permita valorar aspectos que van más allá del relato institucional, recurriré a la concepción más amplia y laxa del tiempo transicional con la que suelen trabajar disciplinas como la historia cultural o los estudios culturales. Desde esta segunda perspectiva es posible llegar a rastrear el inicio de la Transición a finales de la década de los sesenta —con la etapa aperturista del franquismo, los movimientos obreros y estudiantiles del 68, el proceso de cambio social y de democratización de la cultura y, en definitiva, aquello que Julià y Mainer llamaron *el aprendizaje de la libertad* (2000)— y prolongar su final hasta principios de la década de los noventa —con las primeras crisis del proyecto socialista y la consolidación del neoliberalismo y sus formas de vida a escala global—. Esta segunda forma de entender la Transición sustituye una lectura de la misma como un tiempo breve y acotado por otra que entiende el proceso como un tiempo amplio y de límites flexibles, que permite un acercamiento más plástico al análisis de los relatos sobre el tiempo

transicional y a sus representaciones culturales, especialmente en el campo literario.

A lo largo de las páginas que siguen sostendré que ha existido, en torno a los relatos sobre la Transición que nos han sido legados, una hegemonía discursiva vinculada a una perspectiva generacional concreta: la de la llamada generación del 68. Uno de los rasgos que más llaman la atención en el discurso sobre el pasado reciente que articula esta generación —al menos, uno de los que está casi siempre presente en este discurso— es el peso de la nostalgia, que impone un filtro afectivo sobre el pasado y que dificulta, en no pocas ocasiones, la capacidad de imaginar el futuro. Este es, a mi entender, uno de los motivos por los cuales la crisis de la hegemonía discursiva de este relato generacional se ha materializado con fuerza a lo largo de los últimos años, en un contexto atravesado, a su vez, por una profunda crisis de legitimidad de los discursos institucionales del régimen democrático.

Aunque el debate en torno a la Transición no es nuevo, su presencia ha ido cobrando peso en el espacio público en el escenario abierto con los efectos que se derivaron de la crisis de 2008. Es en este nuevo escenario donde surge el complejo nudo de imaginarios y relatos tejido en torno al proceso de cambio político en España al que se enfrenta este trabajo. La ruptura de la hegemonía discursiva del relato de la Transición de “quienes trajeron la democracia a España” (Molinero e Ysàs, 2018) no se entiende sin el acceso al discurso y la toma del espacio público de las generaciones nacidas o educadas ya en una etapa de postdictadura. Este relevo generacional ha permitido revisitar el relato del pasado reciente con una cierta distancia afectiva que introduce, como veremos, un cambio sustancial en los relatos y las resignificaciones de la Transición con respecto a los enunciados por quienes la vivieron y la contaron un tiempo después. El campo literario es uno de los escenarios en los que cobran forma tanto este relevo generacional como este cambio en los discursos sobre el pasado.

Mediante el análisis de la circulación de estos relatos y sus resignificaciones en el campo literario, expondré cómo la Transición ha sido objeto de la construcción de una memoria sentimental de carácter nostálgico. Esta memoria nostálgica se anuda al imaginario democrá-

tico mediante lo que llamaré una *sentimentalidad dominante*. Con este concepto quiero subrayar la existencia de un subtexto afectivo compartido por buena parte de los relatos sobre el proceso transicional que se pone en juego especialmente en el momento en que estos relatos se disputan el sentido del pasado para proyectarlo sobre el presente. Entiendo este subtexto como un modo de relación con el pasado que está mediado por un filtro afectivo que opera en un plano más profundo —más inconsciente— que el de la ideología y que tiene que ver con un sustrato cultural, social y generacional compartido por buena parte de los agentes culturales a lo largo de un periodo histórico concreto. Raymond Williams se refirió al modo en que esa sentimentalidad se condensa en cada época con su formulación de las *estructuras del sentir* (1980), una categoría que busca conectar —a través del análisis cultural— los procesos ideológicos con su dimensión afectiva.

A lo largo de este trabajo, veremos el modo en que, con todos sus matices, esta memoria sentimental compartida ha tenido una presencia predominante en la producción cultural. Como observaremos en los textos, la referencia explícita a la sentimentalidad es una constante en los relatos sobre la Transición a la que recurren las voces más visibles a la hora de escribir su memoria literaria sobre este periodo. A través de la selección y el análisis de un corpus de novelas, observaremos también hasta qué punto el discurso que han ido tejiendo las formas literarias de esta memoria sentimental de la Transición ha sido enunciado no solamente desde una perspectiva generacional determinada y legitimada por una experiencia biográfica específica del propio proceso, sino también desde una perspectiva predominantemente masculina y mesocrática. Ante la prevalencia de esa memoria sentimental, en los últimos años han ido apareciendo, por contraste, una serie de relecturas generacionales que tratan de proponer relatos distintos sobre este tiempo y que logran reformular la estructura afectiva que sostiene el relato de la Transición de las generaciones precedentes. Estas relecturas presentan nuevas claves para el acercamiento a la representación literaria del tiempo transicional a partir de unos posicionamientos afectivos diferentes a los que habían sido dominantes hasta el momento, que actualizarán el debate en torno a la Transición y lo redefinirán para un presente distinto.

Los efectos de la crisis de 2008 en España supusieron una ruptura con los relatos que sostenían lo que Luisa Elena Delgado llamó las *fantasías de la normalidad democrática* (Delgado, 2014), que justamente habían tenido en la Transición uno de sus principales anclajes discursivos. La crisis desencajó estas fantasías del marco que las sostenía y nos obligó, entre otras cosas, a redefinir el mito fundacional de un tiempo presente “normal” y una sociedad carente de conflictos. Este cambio en los relatos sobre el presente supuso una forma de interrupción o, al menos, de desnaturalización de una concepción de la historia reciente que había sido asumida con naturalidad durante los primeros ciclos del régimen democrático. Esta concepción de la historia —esta *semántica del tiempo*, en términos de Reinhart Koselleck (1993)— estaba basada en una forma de entender la temporalidad histórica en un sentido lineal y de dirección única: hacia una idea de progreso con la que una parte importante del cuerpo social ya no pudo conectar tras los efectos de la crisis económica. Aunque esto ocurrió de una manera similar en otros países del sur de Europa,¹ en España fue especialmente a partir del año 2011, con las movilizaciones ciudadanas del 15M, cuando esta quiebra se manifestó con mayor intensidad en el espacio público, y es de ella —de esta quiebra— de la que surgieron las claves para proponer una nueva forma de mirar hacia el futuro y las conexiones con los discursos que venían resignificando críticamente nuestro pasado más inmediato.

En su clásico ensayo *Marxismo y literatura*, Williams ya había señalado, de hecho, hasta qué punto es necesario que un cambio de paradigma en las estructuras del sentir haya sido ya efectivo para poder distinguir y nombrar el régimen emocional en el que se habita, puesto que las diferencias producidas por ese cambio “son a menudo mejor conocidas en un estadio posterior, cuando han sido [...] formalizadas, clasificadas y en muchos casos convertidas en instituciones y formaciones” (Williams, 1980: 155). Es en este sentido que entiendo que el rasgo nostálgico de los relatos heredados de la Transición española se

1 Santos (2011 y 2014) y Kornetis (2015) han desarrollado esta idea en sus respectivos trabajos.

manifiesta con claridad y contundencia solamente en el momento en el que es cuestionado por una serie de relatos distintos, que son ajenos a ese sustrato nostálgico y que fueron adquiriendo peso y entidad sobre todo después de 2011. Sin embargo, como pondrá de relevancia el análisis del campo literario que propongo con este trabajo, este cambio no implicará necesariamente la emergencia de un paradigma estético y afectivo radicalmente nuevo y distinto en relación con el pasado transicional que venga a sustituir al anterior, sino que, en buena parte de las ocasiones, los nuevos paradigmas de representación de este pasado reformularán o discutirán los términos sentados por los discursos precedentes, llegando incluso a coexistir con ellos en el tiempo.

Podríamos retroceder, para ello, hasta el inicio de lo que la crítica ha llamado el *boom* de la memoria: cuando una demanda social de memoria histórica, movilizadora por las primeras exhumaciones de fosas de la Guerra Civil en democracia, puso sobre la mesa la necesidad de volver sobre los procesos de violencia y represión de nuestro siglo xx: Guerra Civil, franquismo y Transición. Este proceso de demanda social de memoria generó, como ha ocurrido en otros contextos nacionales, la consolidación de una potente industria cultural en torno a ella, que a partir de finales de la primera década de los 2000 verá entrelazado su discurso con las articulaciones narrativas de la crisis económica y sus efectos sobre el conjunto de la sociedad española, modificando de este modo los relatos que habían sujetado su identidad democrática hasta la fecha. Uno de estos relatos será, efectivamente, el que construye narrativamente la Transición como el locus fundacional en el que localizar el inicio de un hilo narrativo que conduce hasta las insuficiencias del presente.

Al acercarnos a las discusiones en torno a la Transición, nos encontraremos ante un debate ideológicamente configurado en torno a las dos posiciones clásicas que lo han articulado desde finales de los años setenta. Como ya han señalado un importante número de trabajos, a grandes rasgos el esquema de este debate es el siguiente: por un lado, podemos hablar de un relato hegemónico, el relato del éxito y el *consenso*, que narra la Transición como “un proceso modélico de reconciliación que habría logrado una democracia a un coste relativamente bajo y sin apenas violencia” (Pasamar, 2015a). Por otro

lado, y en el revés de esta versión hegemónica, podemos hablar de un relato crítico que, aunque aglutina en realidad diversas variantes, su contenido es compartido *grosso modo* por una buena parte de la izquierda sociológica: la reforma continuista del régimen franquista que supuso la pérdida irreparable de la oportunidad histórica de elaborar socialmente el trauma de la Guerra Civil y de sacudirse la herencia de cuarenta años del franquismo.

A esta encrucijada ideológica entre los discursos del consenso y los relatos de la pérdida, con el tiempo habría que añadir otro eje de discusión que tiene que ver con la entrada de una perspectiva —ahora sí, de relectura— de la Transición en clave explícitamente generacional. Las nuevas voces que se incorporaron a este debate fueron introduciendo nuevas formas de articular estos relatos que buscaban renovar su tono melancólico y ampliar sus interpretaciones críticas. Sin embargo, en esta encrucijada ideológica y generacional, la posibilidad de construir una memoria social compartida resulta, en ocasiones, difícil. Nos encontramos ante un problema en la transmisión intergeneracional de la memoria de la Transición al que trataré de acercarme desde la literatura.

Lo que propongo en las páginas que siguen es un análisis del modo en que la Transición española ha sido representada en el campo literario contemporáneo a través del estudio de un corpus de novelas publicadas a lo largo de las últimas dos décadas. El análisis de las novelas que presentaré dialoga, en realidad, con un corpus de textos mucho más amplio, del que esta selección será solamente un recorte. El principal objetivo de mi análisis consiste en poner de manifiesto hasta qué punto la evolución, la contestación o la reproducción de los relatos modélicos sobre el proceso de transición democrática en España se reflejan en la producción narrativa actual e introducen en el campo literario una nueva lectura generacional sobre el pasado reciente.

La investigación que contiene este trabajo surge del interés por —y, en ocasiones, de la inquietud acerca de— la reelaboración de los relatos sobre el pasado que circula en la producción cultural actual: un interés que surge en conexión con los estudios en torno a la memoria histórica que se ocupan de discernir el sentido de los relatos sobre el pasado en el presente. Mi punto de partida es el siguiente: para aque-

llos autores nacidos o crecidos en el contexto del postfranquismo, la Transición democrática ha reemplazado a la Guerra Civil como hito memorial, como núcleo dentro de la evolución del régimen memorial abierto en España alrededor del año 2000. La dimensión generacional será, por tanto, crucial a la hora de entender el deslizamiento de la Transición como acontecimiento histórico al centro de la escena.

En el desarrollo de este ensayo me detendré, en primer lugar, en las cuestiones teóricas, de las que surgirá, después, el análisis de los textos. En el primer capítulo abordaré las sucesivas transformaciones en el régimen de memoria histórica abierto en los años 2000, el proceso por el cual la Transición llega a configurarse como núcleo de memoria y de qué modos la literatura la ha representado hasta el presente. En relación con estas transformaciones, el análisis de la dimensión generacional de este proceso de transformación y del carácter mediado de la memoria de la Transición que circula en las representaciones literarias ocupará, por lo tanto, un lugar central en el desarrollo de mis reflexiones. En el segundo capítulo, ponderaré el componente afectivo que subyace a las imágenes del pasado que la literatura construye en relación con el problema de la transmisión intergeneracional de los relatos sobre la Transición. Reflexionaré, en concreto, acerca del carácter nostálgico de los relatos dominantes sobre el proceso transicional y expondré los tres modos de escritura del tiempo transicional que he logrado aislar en el campo de la novela actual: los relatos fundacionales, los relatos postfundacionales y los relatos emergentes.

En el tercer, cuarto y quinto capítulos expondré el grueso de la investigación específica a partir de estas tres modalidades narrativas del relato transicional que conviven en el campo literario actual y explicaré cómo estas se han ido transformando y sucediendo con el tiempo gracias a la incorporación de nuevas voces generacionales al espacio público. A través del estudio de las seis novelas de las que se compone el corpus de textos analizados, incidiré especialmente en la valoración crítica del peso que los relatos heredados sobre el proceso de cambio político en España han tenido en la propuesta de nuevas poéticas sobre el tiempo transicional. Reflexionaré, en definitiva, acerca de cómo la memoria de las generaciones precedentes se ha ido incorporando a la memoria generacional propia en el campo de la novela.

El objetivo de este análisis no es otro que el de tratar de entender en qué medida las poéticas narrativas aparecidas en el campo literario entre los años 2000 y 2019 han rescatado, han discutido o han tratado de romper con los imaginarios y las poéticas preexistentes que han abordado la representación de un episodio central en la memoria cultural de la España contemporánea. En la exposición y desarrollo de este trabajo, trataré de articular las reflexiones teóricas de forma compleja y productiva para el análisis de los textos literarios. De este modo, mi intención es intervenir, desde una perspectiva académica, en la discusión acerca del lugar que la Transición política tiene en la imaginación social y los diferentes sentidos con los que se ha ido llenando y redefiniendo. Se trata de una discusión que conecta con una problemática central en las disciplinas de la historia contemporánea, la sociología o las ciencias políticas, con las que me propongo dialogar desde la disciplina de los estudios literarios, entendiendo la literatura siempre dentro del marco de un proceso cultural más amplio, que la trasciende y que la nutre. Este libro no trata, por tanto, de presentar un análisis narratológico de un corpus de textos, sino que se propone identificar la emergencia de nuevos relatos sobre una época fundacional para la sociedad española actual.